



12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT37: La política como proceso vivo: creatividad social e imaginación antropológica en el análisis de la política colectiva y la (re)producción de la vida

El lugar de la afectividad al momento de “hacerse una cooperativa”: trabajos, cuidados y organización colectiva

Silvana Sciortino. CONICET- Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación. Facultad de Trabajo Social.

silvana.sciortino@gmail.com

Resumen

En esta ponencia me propongo compartir conclusiones de una etnografía realizada entre 2014-2018 sobre prácticas de organización colectiva entre mujeres de una cooperativa de trabajo en el programa del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación “Ellas Hacen”. Este fue una línea de intervención específica que se lanzó en 2013 en el marco de una política social más amplia, “Argentina Trabaja”, que sostuvo “la inclusión social con trabajo” y promovió la economía popular con la conformación de cooperativas de trabajo.

Entre los resultados que arrojó esta investigación se destaca la identificación de una modalidad de cuidado colectivo de las crianzas entre mujeres, “prácticas compartidas de cuidado”, de las cuales dependió que las titulares pudieran asistir a las instancias de formación y trabajo que el programa requirió. En esta oportunidad trasladaré mi atención desde las prácticas cotidianas de cuidado infantil hacia una forma de vincularse que implicó “cuidado entre sí” y hacia la cual las mujeres de la cooperativa se refirieron como de “amistad”. Con este fin me detengo en un

momento preciso del proceso organizativo, la instancia inicial de conformación de las cooperativas.

En esta ponencia propongo que identificarse como *amigas* organizó el “hacer colectivo”, promovió formas de llevarlo adelante y otorgó tramas de contención y cuidado en el programa y en la vida cotidiana. Por lo tanto, mi objetivo aquí consiste en desnaturalizar la categoría *amigas* para observar “la amistad” como una construcción identitaria que organizó las relaciones en el trabajo (“hacer juntos/as”) y habilitó una “afectividad” desde la cual proyectar (agencia).

Esta ponencia y la investigación más amplia en la cual se enmarca, es parte de un hacer investigativo producto de mi participación en equipos de investigación UNLP, UBA y CONICET; y se apoya en mi práctica de extensión universitaria (2014-2018) en el barrio Qom/Las Quintas (FAHCE – FTS – UNLP).

Palabras clave: *afectividad; hacer colectivo; cuidado; trabajo.*

Hacerse una cooperativa

Como cada semana el punto de encuentro del “taller de mujeres” en el barrio Qom-Las Quintas era el salón “El brazo del Río”. En ese año, 2014, llevábamos adelante talleres de alfabetización que las mujeres adultas habían mencionado como una actividad requerida en el marco del proyecto de extensión universitaria del que participábamos. Cada tarde, mientras las mujeres iban llegando, la conversación era de reencuentro y sobre momentos vividos en la semana... se armaba el mate, se acomodaba el salón, alguna iba a buscar a Rai, la “abuela del barrio”, entre otras actividades de la rutina.

Esa tarde una de las primeras noticias compartidas fue que Gabi había sido elegida presidenta de la cooperativa de la cual era parte en el marco del “Ellas Hacen”. Este programa del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (MDSN) conformó una línea de intervención específica dentro del programa nacional “Ingreso social con Trabajo-Argentina Trabaja”. En 2013 fue presentado como una política de inclusión

con trabajo y con perspectiva de género, se dirigió a mujeres desocupadas o que vivieran violencia de género y en asentamientos o barrios “emergentes”.

Desde el programa se solicitó a las titulares que se agruparan en cooperativas de trabajo. Gabi nos cuenta que a ella la eligieron sus compañeras: “Ellas me dijeron que me votaban a mí para que yo sea presidenta, por cómo yo era. Que iba con todo, que nunca estaba mal, que cuando había que poner cosas sobre la mesa se ponían en ese momento.” Era un gran día para Gabi, estaba contenta con el apoyo de sus compañeras y lo vivía como una forma de reconocimiento por su dedicación al trabajo en el programa y a su “carácter”: “...tenés que tener como carácter viste”. Desde esos días del 2014 a los días de trabajo en 2013 cuando ingresó al programa algo había cambiado, ahora su grupo de trabajo era una cooperativa reconocida por el Estado, ella era una presidenta, sus compañeras tenían roles concretos (tesorera, secretaria). Nuevos roles, responsabilidades, formas de trabajo. El anuncio de que el grupo de trabajo se formalizaría en una cooperativa, trajo nuevas expectativas, proyecciones e incertidumbres.

En varias de las capacitaciones de este segundo tramo (el primero fue en 2013) se les había indicado a las mujeres que desde ese momento debían “hacerse una cooperativa”. Desde el programa las iban a acompañar con capacitaciones y asesoramiento para la obtención de un capital inicial. Tenían un nombre, “Las Leonas”, una representación legal, un grupo de trabajo y posible apoyo financiero. Ahora ¿qué hacer?

La urgencia de armar el nuevo grupo de trabajo emergió entre las primeras prácticas de organización. Por indicación del ministerio el grupo original de trabajo, aproximadamente doce mujeres, tuvo que ampliarse. Debían ser más, así se fueron sumando hasta llegar a treinta y cuatro mujeres. Antes de este reacomodamiento, el grupo lo conformaban mujeres que venían trabajando desde el 2013 cuando aún no eran “Las Leonas” sino un grupo de titulares del “Ellas Hacen”. Algunas de ellas eran vecinas y parientas del mismo barrio, que aprendían a realizar trabajos de albañilería, construcción, a capacitarse en derechos y ciudadanía. “Las Leonas”, nombre elegido por ellas, eran una cooperativa. ¿Esto qué implicó? Construcción de una identidad colectiva, ampliación del grupo de trabajo con mujeres que asignaba el ministerio,

pensar un proyecto, establecer acuerdos en las formas de trabajo. La formalidad ya la tenían, el reconocimiento del Estado también, ahora debían organizar las prácticas de trabajo concretas y de eso se ocuparon, sobre todo en esa etapa inicial.

La elección del nombre: presentarse desde lo colectivo y fortalecidas

La primera vez que participé en una de las capacitaciones una gran cantidad de mujeres de otras cooperativas estaban presentes. Gabi tuvo que tomar asistencia (digo “tuvo” porque vinieron específicamente a pedírselo desde el equipo de capacitación), retrasó esa tarea de forma intencional para darle tiempo a sus compañeras de cooperativa a que llegaran y que no quedara registrado el retraso, el cual, como abordé en un trabajo anterior estaba directamente vinculado al cuidado de sus hijas/es. En aquel escrito (Sciortino, 2018) abordé las modalidades de organización colectiva de mujeres en torno al cuidado en vinculación al programa “Ellas Hacen” desde un enfoque que privilegió la indagación de las prácticas cotidianas en el orden doméstico, familiar y barrial.

El “Ellas Hacen”, en tanto línea de intervención estatal desafió la división sexual del trabajo al momento que se dirigió a mujeres proponiendo la realización de tareas por fuera de sus hogares. Paradójicamente, reforzó esta división al no reconocer el trabajo de cuidado que estas mujeres ya realizaban. Al no cuestionar, desde el programa, el lugar naturalizado de las titulares como cuidadoras, fueron ellas las que tuvieron que resolver las dificultades de la doble jornada de trabajo (en el programa y en sus hogares). Entre las mujeres de Las Quintas, la familia extendida conformó la trama sobre la cual se apoyaron modalidades colaborativas en pos de afrontar las limitaciones que la distribución desigual de responsabilidades en el hogar provoca en sus vidas cotidianas (Sciortino, 2021:252). El trabajo de campo etnográfico en el barrio me permitió observar “prácticas de cuidado compartidas” entre mujeres que no se contraponían a llevar adelante el trabajo de cuidado, sino que reafirmaron los vínculos familiares en prácticas colectivas y colaborativas de cuidado infantil.

Retomando el hilo del relato, para empezar la actividad de ese día debían compartir el nombre dado por ellas a sus cooperativas. Las explicaciones de por qué nombrarse “Las Leonas” tuvo varias versiones las cuales conocí en una reunión

interna de la cooperativa. Por el club de fútbol que identifica a gran parte de las/es platenses, por las jugadoras de hockey que venían con muy buena racha y para ese momento ya eran un símbolo a nivel nacional de esfuerzo y “garra”. La explicación más aceptada por el grupo refería a la identificación con ese animal y hasta se propuso hacerse remeras con la imagen de una leona. Más allá de las distintas interpretaciones sobre el nombre, se referían a ciertas cualidades con la que se identificaban: luchadoras, fuertes, super poderosas, guardianas, cuidadoras. Cuando en la capacitación se presentaron las formas elegidas de llamar a sus cooperativas, mi sorpresa fue escuchar nombres y descripciones grupales en el mismo sentido: Las Mosqueteras, Las Guapas del Rosedal, Progresar, Todo se Puede, Todas Podemos, Mujeres Coraje.

Algo del orden de lo que en las lecturas feministas aparece como empoderamiento (León, 1998), fortalecimiento (Montero, 2006), agencia (Mahmood, 2006) se dejaba leer en estos espacios colectivos. Estar ahí, intercambiar con otras mujeres trabajadoras generaba en ellas algo parecido al “tener carácter” de Gabi.

Las experiencias recogidas en el trabajo de campo expusieron el potencial de un programa que convocó a las mujeres como “hacedoras” en términos de trabajo productivo, en el marco de cooperativas y en un rubro tradicionalmente masculino (en el caso estudiado: en el rubro de la construcción). Al mismo tiempo el programa promovió la finalización de estudios y la capacitación en temas específicos (política, economía social, cooperativismo, oficios, género).

En las capacitaciones ofrecidas por el MDSN a través del tratamiento de contenidos específicos planificados, se generaron intercambios sobre su rol como trabajadoras, constructoras, sobre roles y estereotipos de género. La participación en las discusiones que se generaban en las capacitaciones del programa y la referencia hacia ellas como trabajadoras y como colectivo abrió un lugar de enunciación diferente. Así como cuestiones nuevas sobre las cuales buscar respuestas. Pasar a ser nombradas trabajadoras y en especial de la construcción tuvo sus desafíos. Aunque había resquemores sobre el rubro, albañilería, estos giraban en torno a cómo romper los estereotipos de género en un rubro tradicionalmente masculino. En

una de las capacitaciones, al momento del cierre grupal con las otras cooperativas presentes se comparte la siguiente incertidumbre:

B-“¿Quién le va a dar trabajo a las mujeres en la construcción? ¿Imaginate en la UOCRA?

Nadie nos tiene fe.

A-No te creas, vos invitaste a tu marido a qué vaya a la obra?

B- No tengo marido

A cuenta que cuando el marido le decía “¿Qué vas hacer vos? No me hagas reír”, ella lo hizo ir a la obra “Yo hice eso, lo hice ir a ver.”

Otra compañera interviene: “El hombre piensa que la mujer no es capaz de hacerlo”

En el espacio de reunión interna de la cooperativa “Las Leonas” así como en los momentos de conversación cotidiana, se generaban prácticas de reflexión que traían a debate cuestiones asociadas al trabajo productivo/reproductivo y a su rol de mujeres en sus barrios y familias. Cabe destacar también la preocupación manifiesta por formarse para la ejecución de las responsabilidades en torno a los roles que desempeñaban en la cooperativa (como presidentas, tesoreras, secretarías).

La construcción de vínculos más cercanos con algunas de estas mujeres, a partir de mi trabajo en territorio en el barrio donde varias de ellas viven, permitió observar cómo en algunos casos las tareas y roles en el trabajo en la cooperativa resultó un desafío en términos de fortalecimiento-agenciamiento, contemplando un abanico de prácticas que van desde la toma de la palabra en espacios de trabajo hasta la organización en el ámbito barrial y doméstico (Sciortino, 2021:p.251).

Para las titulares de este programa, ponerse un nombre significó encontrar una forma de identificación colectiva que las mostraba fortalecidas: “Las Leonas”, “Las guapas”, “Las Mujeres Coraje”... ¿Qué sentidos sobre el trabajo y el rol de las mujeres se pusieron en juego? Pensarse como trabajadoras, junto a otras mujeres, conmovió representaciones y percepciones de género cuestionando sentidos cristalizados de su lugar en la sociedad. Así también, movilizó emociones que fueron aflorando en el transcurso del proceso organizativo y modelando las prácticas colectivas de trabajo.

En las capacitaciones semanales una de las actividades giró en torno a la sistematización F.O.D.A., la que proponía identificar las “fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas” que creyeran poseer o atravesar como equipo. La mañana del 11 de agosto de 2014, en el taller, “Las leonas” llegan a la conclusión que la falta de “compañerismo” entre ellas no iba a permitirles trabajar de manera adecuada y sin conflicto. Este tema emergió como una “debilidad” en la actividad de ese día pero también era un tema recurrente en las conversaciones y los talleres de trabajo. Vero, una de “Las Leonas”, comenta su descontento a la tallerista sobre que “no nos dejaron armar el grupo de la cooperativa. No todas tenemos las mismas ganas. No queremos que nos impongan un grupo que nosotras no tengamos ganas”.

Durante uno de los talleres se produjo un momento de fuerte tensión, Gabi se altera cuando la tallerista suma a una titular que no había participado hasta el momento pero dice ser de “Las Leonas”. La compañera decía no haberse enterado de las capacitaciones. Ante esto, Gabi, se aflige y sostiene que ella “avisa por teléfono y lo publica en facebook”. Además señala que cada compañera puede preocuparse y consultar. El resto de “Las Leonas” la tranquilizan y acuerdan con ella.

La cuestión del compañerismo es traído por Florencia Pacífico (2018) cuando analiza los modos en que mujeres inscriptas en el “Ellas Hacen” construyen cotidianamente su “participación” en el programa. La autora propone que la unidad como valor moral opera como un aspecto clave en la construcción de prácticas políticas colectivas en esos espacios. Entre “Las Leonas” se reclamaba “No todas tenemos las mismas ganas”, entre las cooperativistas estudiadas por Pacífico circulaba “No todas participan igual”. Poner en diálogo las etnografías permitió observar que lo que estaba en juego en las declaraciones no era sólo el cumplimiento de la asistencia como requisito obligatorio, sino también la “participación”, la predisposición, la forma en que “se estaba” (Pacífico, 2018:p.7).

Cuando salimos aquel lunes del Club Olimpia, lugar donde se realizaban las capacitaciones, nos quedamos conversando en la vereda. Gabi nos expresó a las más cercanas: “esto va a ser un quilombo” sobre lo cual todas acordaron, ya que “la realidad es que gran parte de las mujeres no trabajan”, “se la pasan tomando mate”

o “se quedan durmiendo”. Además de ser un sentir concreto esa expresión ponía en evidencia un momento de incertidumbre.

Desde las/es capacitadoras/es este planteo era atenuado pidiéndoles que se focalicen en su trabajo y en las posibilidades de salir adelante con un emprendimiento propio. Entre “Las Leonas” la propuesta que otorgaba el equipo de capacitadores/as no funcionaba. ¿Cómo armar un proyecto, un equipo de trabajo junto a mujeres con las cuales no había un acuerdo previo? “Hacerse una cooperativa”, como se les propuso, iba a tener sus tensiones. En una de las reuniones internas de “Las Leonas”, el “compañerismo” fue un punto que generó debate. ¿Cómo generar el compromiso necesario para encarar este proyecto conjunto? El *quilombo* era parte del momento inicial en el cual se encontraban. La cuestión era lograr reorganizarse.

Como proceso vivo

¿Qué fue pasando? Como podría esperarse en el marco de un proceso organizativo pensado como un proceso vivo (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017: p.278), la trama fue tomando forma en este nuevo contexto.¹ El grupo fue construyendo modalidades de acercamiento entre sí, de sanción entre ellas y de exigencia frente a otras/es.

Una mañana cinco de las chicas deciden no entrar a la capacitación. No habían recibido su pago. Deciden ir juntas a consultar con un referente del “movimiento justicia y libertad” que conocen del barrio. Las acompaño. Gabi toma la palabra en ayuda de Cintia, la cual es tímida y no se anima a hablar. Amanda, estaba presente en forma de apoyo a sus compañeras, no había tenido inconveniente con su pago mensual. Desde ahí, juntas van hasta “Gambier” donde está la encargada y a la cual le van a pedir respuesta. Así logran resolver el problema de cada una y que se reanuden los pagos mensuales.

¹ Las autoras utilizan la noción de “proceso vivo” para explicitar y enfatizar el doble plano epistemológico: “[...] a) como concepto, es decir, como modo de abordar e interrogar los fenómenos políticos que estudiamos y b) como práctica de conocimiento comparativa, indisolublemente ligada a la perspectiva etnográfica [...]” (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017: 278).

A medida que pasaba más tiempo con ellas noté una forma de auto-referenciarse. “Las Leonas” se identificaban como *amigas*. Yo misma fui presentada por Gabi y las otras mujeres del barrio como una *amiga* ante “las leonas” que no eran del barrio qom. Esto me habilitó a participar en las reuniones de la cooperativa. ¿A quienes llamaban amigas? fui observando que algunas mujeres que no eran del grupo inicial se las incorporó. Ahora eran *amigas*, “Leonas”. ¿Por qué?

El acompañamiento y el apoyo fueron aspectos que aparecieron con recurrencia y se valorizaban como parte de su identidad grupal. Una tarde, en el taller de alfabetización en el barrio, pregunté a Gabi sobre un comentario que había realizado en su perfil de facebook en relación a lo difícil del día que había tenido. Pensé que era una situación personal la que le acarreaba tal tristeza. Me contó que una de sus compañeras de “Las Leonas” estaba atravesando una situación muy difícil y la habían estado acompañando. Parecía estar enferma y se le sumaba que le habían “ocupado” su casa. Así que ellas estaban apoyando y buscando formas de resolver el problema que había dejado a su *amiga* sin vivienda.

Aquí la amistad tomó la forma del cuidado, del cuidado entre sí, del “sostener la vida” (Carrasco Bengoa, 2016; Pérez Orozco, 2015; Precarias a la deriva, 2004) en experiencias de precariedad. Cómo desarrolla Fernández Álvarez (2018), la experiencia de la precariedad puede ser pensada en un sentido amplio, conteniendo las condiciones de posibilidad de la construcción de modos individuales y colectivos para “sostener la vida”, “ganarse la vida”, mejorar sus condiciones de existencia (en el orden material y emocional) (Fernández Álvarez, 2018:p.22).

Entre las leonas, la amistad también implicó cuidado, cuidado entre sí. Retomo una situación concreta que me cuenta Gabi. Ese año, luego de un fuerte temporal una de “Las Leonas” pierde su vivienda:

Fuimos a la casa de Sonia. Le pedimos ayuda a E [jefa - encargada en el programa] para que nos lleve en un colectivo porque es lejos. Nos dijo que no, que teníamos trabajo. Le dijimos que es una *amiga* del trabajo, que no la vamos a dejar en banda. Agarramos, le pedimos nylon, no nos quería dar nylon, alambre. Entramos, sacamos y nos fuimos. Se nos quedó mirando. Nos fuimos, pagamos pasaje en el micro y nos fuimos. Llevamos de todo en

el micro, membrana, alambre, nylon ¡en el colectivo! La tormenta le levantó la mitad del techo. Encima ella no tiene marido, tiene los hijos no más.

Como describí, ser una *amiga* implicaba apoyarse y cubrirse ante situaciones de conflicto en el trabajo pero también en la vida personal de cada una. “Las Leonas” eran las que estaban cada semana en las capacitaciones y en las obras. Si una de ellas faltaba avisaba y las demás la cubrían en su tarea. Este no era un tema menor ya que estar presente o ausentarse con aviso era una forma de “cumplir” con la compañera. Se fueron construyendo pautas de trabajo. La cooperativa era un espacio donde la construcción de vínculos afectivos en términos de *amistad*, pero también de tensiones y establecimiento de sanciones hacia “las que no cumplen”, iban dando forma a las lógicas de organización colectiva.

Identificarse *amigas*, organizó el “hacer colectivo”, promovió formas de llevarlo adelante y otorgó tramas de contención y cuidado en el programa y en la vida cotidiana. “Cumplir” en el trabajo y en las capacitaciones, avisar y consultar por las actividades, construir “compañerismo”, “no dejarse en banda”, tener “carácter”, “acompañar” ante dificultades, timidez, reclamos... fue contrarrestando el *quilombo* del inicio.

Amigas y trabajadoras

Este momento relatado, este iniciar en un programa, tuvo su devenir... en una entrevista en el 2014 me afirmaron: “Aunque me vaya del programa amigas vamos a ser igual”...al año siguiente con el triunfo electoral de Cambiemos, el “Ellas Hacen” comenzó a desmantelarse como política social, otorgando la posibilidad de observar la apropiación en territorio de una política pública².

“Si se va Cristina qué vamos hacer” circulaba en las capacitaciones y en el barrio. Efectivamente, con Cambiemos el programa fue rediseñado, las tareas de construcción se suspendieron. Desde ese momento, entre las Leonas, empecé a escuchar expresiones que referían a que ahora “no trabajamos más”, “es sólo para estudiar”. Me animo a afirmar que en ese momento aconteció algo del orden del

² Sobre “Hacemos Futuro” ver Pacífico, 2019a:274

reconocimiento/sentirse como trabajadoras, resignificando su lugar en el programa. Más allá de considerarse amigas (en tanto modo de organizar el trabajo) algo cambiaba en las conversaciones y movilizaciones sonaba con fuerza la reivindicación como “trabajadoras”. En una de las fotos que circuló en las redes sociales, se afirmó “No somos un plan – somos trabajadoras – Ellas Hacen Ensenada”

Me pregunto si la denominación, *amigas*, pudo caracterizar un momento inicial en el proceso de “sentirse trabajadoras” (Perissinotti, 2020). La mayoría de ellas vienen de trayectorias de vidas en las cuales los programas sociales las llamaron de distintas formas menos trabajadoras. Desde el 2013 comenzaron a transitar un programa que las nombró desde la acción, como mujeres y en colectivo. El programa/Estado las interpeló desde sus formas de nombrarse, identificarse. Sostengo que los lazos afectivos nombrados desde “la amistad” iniciaron el proceso de identificación ante la dificultad de decirse “trabajadoras”.

María Victoria Perissinotti (2020) explica en su etnografía en el Movimiento Evita y la CTEP que en gran parte de las actividades de estas organizaciones se ocuparon de reflexionar sobre la idea de que todos los integrantes eran trabajadores. “En otras palabras, era necesario reforzar pedagógicamente una identidad en la que muchos no se reconocían o no siempre”(Perissinotti, 2020:p.217). La autora menciona “la auto-violencia” a la que están sometidos los trabajadores de la economía popular y quienes reciben planes y programas estatales, viviendo la contradicción de sentirlo como algo que no debería ser. Creo que la identidad *amigas* y la afirmación desde una categoría alternativa que suplantara la de trabajadora facilitó un primer momento de organización hacia el sentirse “trabajadoras”. Como sostiene Perissinotti (2020), no es sencillo reconocerse trabajadora cuando el entorno social no lo hace y cuándo hacerlo implica también desligar la noción trabajo de la noción de contraprestación (Perissinotti, 2020:pp.219-220).

Haciendo un trabajo retrospectivo y habiendo estado allí, me animo a afirmar que el pasaje desde el “Ellas Hacen” hacia el “Hacemos Futuro” las interpeló desde el lugar que habían tomado como hacedoras, “hacíamos algo además de estudiar”. En ese momento de transición entre un programa y otro, la expresión *trabajadoras* tomó

sentido de reivindicación. Al cuestionar las nuevas políticas sociales del macrismo y el traslado al “Hacemos Futuro”, se puso en tensión no solo dos lógicas estatales de concebir a las titulares de un programa sino también la construcción de subjetividades.

¿Qué queda en los territorios, en las/es actoras/es cada vez que las políticas cambian? En campo se comprueba que los programas, las políticas estatales, no pasan y ya. Las vidas que estos condicionaron son de personas de carne y hueso, parte activa que no se limita a recibir los direccionamientos de estas. Las/es actores sociales se apropian y resignifican lo que para ellas/es se ha diseñado. Dicho de otro modo, rompen la direccionalidad de arriba hacia abajo, del estado al territorio. La experiencia que traigo expone, por decirlo de alguna manera, lo que las personas “hacen” con las políticas. Dentro de una política de inclusión social, así fue pensada, las titulares del “Ellas Hacen” eligieron cómo nombrarse y lo hicieron desde el mostrarse fortalecidas, avanzaron en “proyectar horizontes a futuro”³ y construir formas compartidas de cuidado infantil. Pero también se cuidaron entre sí, sosteniendo la vida en contextos de precariedad a través de prácticas que exponen la voluntad colectiva de sostener “vidas dignas de ser vividas” batallando cotidianamente con la pobreza estructural que las atraviesa (Pérez Orozco, 2015: p.18).

Desnaturalizar la categoría *amigas* permitió observar la “amistad” como una construcción identitaria que organizó las relaciones en el trabajo y, al mismo tiempo, como lazo afectivo que articuló prácticas de cuidado entre sí. Las leonas aprendieron a “hacer juntas”, entendiendo lo colectivo como construcción relacional que contuvo en su devenir negociaciones, acuerdos, tensiones (Fernández Álvarez, 2016:p.12; 17). En estas tramas de amistad, lo colectivo mostró su carácter contingente, contradictorio, fluido y parcial; donde las emociones tuvieron su lugar (Fernández Álvarez, 2011).

³Florencia Pacífico utiliza la expresión “proyectar horizontes a futuro” pensando un “más allá” del programa, como la construcción de horizontes de vida que trascienden las formulaciones de la política (Pacífico, 2019: 81;99).

“Aunque me vaya del programa amigas vamos a ser igual”... a partir de la transición observada me atrevo a reformular “trabajadoras vamos a ser igual”. El pasaje de hacedoras a beneficiarias con la instalación del “Hacemos Futuro”, movilizó una serie de prácticas políticas de resistencia frente al cambio de programa. En ese momento, muchas de ellas movilizaron reivindicando su lugar como trabajadoras, exponiendo ese movimiento subjetivo, íntimo del que habla Victoria Perissinotti (2020), *sentirse* trabajadora va más allá de un acto declamatorio.

Referencias Bibliográficas

Carrasco Bengoa, C. (2016). "Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Una reflexión necesaria" en *Atlánticas, Revista Internacional de Estudios Feministas*, 1 (1), 34-57.

Fernández Álvarez, M. I. (2011). "Além da racionalidade: o estudo das emoções como práticas políticas" en *Revista Mana*, vol. 17, N1. pp. 41-68.

(2016). "Introducción: El desafío de hacer juntos(as)". En M. I. Fernández Álvarez, *Hacer juntos (as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos.

(2017) *La política afectada: Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*. Prohistoria Ediciones, Rosario.

(2018) "Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina" en *Íconos*, Num. 62, pp. 21-38

Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós (2017). "La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual" en *Nueva Época*, Año lxii, núm. 231 pp. 277-304

León, M. (1998). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Tercer Mundo Editores, Universidad Nacional de Colombia

Mahmood, S. (2006) "Teoría feminista, agência e sujeito liberatório: algunas reflexões sobre o revivalismo islâmico no Egipto" en *Revista Etnográfica*, Vol. X (1), pp. 121-158.

Montero, M. (2006). "El fortalecimiento en la comunidad" Capítulo 2". En *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: la tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires, Paidós.

Pacífico, F. (2018). "¿Somos (des) unidas? Chismes y valores morales a partir de una etnografía de la participación de mujeres en el Programa Ellas Hacen" en *REA*, N° XXIV, pp. 1-22

(2019). "Más allá del programa" etnografía de experiencias cotidianas de mujeres titulares del Ellas Hacen" en *Papeles de Trabajo* N° 37, 77-111.

(2019a). “Casas, programas sociales y prácticas políticas colectivas. Etnografía de experiencias cotidianas de mujeres titulares del “Argentina Trabaja” en Runa /40.2 doi: 10.34096/runa.v40i2.5546

Pérez Orozco, A. (2015). “La sostenibilidad de la vida en el centro... ¿y eso qué significa?”. Recuperado en [\(PDF\) La sostenibilidad de la vida en el centro... ¿y eso qué significa? \(researchgate.net\)](#)

Perissinotti, V. (2020). *La política como lugar. Trabajo, migración y economía popular en Córdoba, Argentina, Siglo XXI*. (Tesis doctoral) UNC, FFyH.

Precarias a la deriva (2004). *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Recuperado en <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/A%20la%20deriva-TdS.pdf>

Sciortino, S. (2018) “Una etnografía sobre arreglos familiares, leonas y mujeres superpoderosas: prácticas compartidas de cuidado entre las titulares del “Ellas Hacen”” en *Cuadernos de Antropología Social*, vol. n°48. P55 – 71.

(2021) *La lucha de mujeres es un camino. Políticas de identidad indígena en los Encuentros Nacionales de Mujeres*. Prohistoria Ediciones, Rosario.